



Kamo no Chomei, nació en 1155 como segundo hijo de un alto prelado del Templo Sintoísta de Kamo en el norte de Kioto y murió en 1216. Por quedar huérfano a temprana edad, no pudo heredar el cargo de su padre y se dedicó a la música y la poesía. A los 27 años ya había publicado su *Colección de poemas*. En 1186 viajó a Ise y dejó el *Relato de Ise*, pero su texto está perdido. A los 50 años de edad se retiró del mundo y escribió *Hojoki* cuando tenía 58 años de edad. Sus tres obras *Mumyo-sho* o el *Ensayo Sin Nombre*, libro de estudios de poesía, *Hojoki* y *Hosshin-shu*, una colección de relatos ejemplares sobre los monjes budistas, escritas en la postrimería de su existencia, manifiestan el interés y el afán que mantuvo durante toda la vida en tres ámbitos: la poesía, la vida de ermitaño y la fe.

Hojoki es uno de los tres grandes ensayos de la literatura clásica japonesa junto con *Makura no Soshi* o el *Libro de la Almohada* (fines del siglo X al siglo XI), de Sesho-Nagon, y *Tsurezuregusa* o *Ensayos en Ociosidad* (1330-31), de Yoshida Kenko.

Hojoki está escrito en prosa, pero interpretando la intención esencialmente poética del autor, el texto de la traducción en español está en forma de poesía.

Selección comentada de *Hojoki*

Masateru Ito

EX-EMBAJADOR DE VENEZUELA EN JAPÓN
MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
pjapon@genesisbci.net

*La corriente del río
jamás se detiene,
el agua fluye
y nunca permanece
la misma.*

*Las burbujas que flotan
en el remanso
son ilusorias,
se desvanecen, se rehacen,
y no duran largo rato.*

*Así son los hombres
y sus moradas
en este mundo.*

.....

*Una morada y su dueño
son como el rocío que aparece
en el dondiego de día.*

¿Cuál más pasajero?

*A veces el rocío se cae,
mientras las flores quedan.*

*Mas ellas se marchitarán
al sol de la mañana.*

*Otras veces la flor se mustia
mientras el rocío permanece.
Mas él tampoco sobrevivirá
al día.*

Chomei, el autor de *Hojoki*, comienza su obra cantando que nada en este mundo es permanente, todo cambia en el tiempo, todo está en el principio de la causalidad: perece y desaparece, nace y crece. Ésta no es una afirmación abstracta sacada de alguna escritura sagrada del budismo, es una imagen concreta que él mismo se formó observando la vida de los hombres y contemplando la corriente del río Kamo a través del tiempo.

Hojoki fue escrito en 1212, cuando Chomei tenía 58 años de edad. Era la época en que finalizaba el Período Heian de los aristócratas y se iniciaba el Período Kamakura de la clase guerrera o de *samurais*, albor del feudalismo de la Edad Media en Japón. Chomei nació como segundo hijo de quien ostentaba el *negi* en el Templo Sintoista o Santuario de Kamo, alto rango que ejercía gran influencia en la Corte. Como tal, pudo dedicarse desde una edad temprana a la poesía y la música, y se movía con facilidad en el medio de la resplandeciente cultura aristocrática.

Vivía los días llenos de esperanza, codeándose con los mejores artistas, convencido de que heredaría el cargo de sus antepasados, con el amparo del Emperador Ermitaño Gotoba. Pero lo asechaba un infortunio inesperado: Debido a intrigas palaciegas, se llevó la alta investidura el primogénito de un pariente. Al hecho cierto de que avanzaba la decadencia de la clase aristocrática, en medio de los conflictos internos de fines de la Edad Antigua, se sumaba para Chomei esta triste condición privada. Como si esto fuera poco, la naturaleza también se mostraba despiadada.

En los capítulos preliminares, el autor describe las diversas y horrendas calamidades que sufrió en carne propia: el gran incendio (1177), el torbellino (1180), el traslado de la capital (1180), hambre (1181-2), terremoto (1185) y otras vicisitudes. Por haberlos vivido, narra estos sucesos con la admirable precisión de un reportero, haciendo gala

al mismo tiempo de un profundo sentimiento de simpatía y compasión hacia los hombres.

*La gente, débil y atontada,
movida de necesidad,
vacilante parecía que caminaba,
mas de pronto se caía.*

*Así numerosas personas
murieron de hambre
y yacían en las calles
y al pie de los muros.*

*Sin recursos para remover los cuerpos,
fétidos olores llenaron el ambiente.
Fue un horrible espectáculo observar
cómo se corrompían estos cadáveres.*

*Había bebés tendidos
que todavía mamaban
sin saber
que sus madres ya habían muerto.*

Chomei, soñador empedernido, pero víctima de la angustia y el pesimismo, con base en sus experiencias, relata en forma objetiva y sucinta lo difícil que resulta este mundo y hace la pregunta fundamental, dónde y cómo vivir para lograr la tranquilidad del alma:

*Si se conforma con el mundo,
será atado de pies y manos.*

*Si no le obedece,
será considerado como un loco.*

*De allí me pregunto:
¿Dónde debemos vivir?
Y ¿cómo?*

*¿Dónde buscar refugio
y descansar un rato?*

*¿Y cómo podemos hallar la paz
siquiera fugaz
en el alma?*

Su visión de la transitoriedad en esta obra no es un simple sentimentalismo de carácter exclamativo, sino una expresión del escepticismo serio sobre la inestabilidad de la existencia del hombre y de la vivienda (con la connotación del sentido biológico moderno de “habitat”) como consecuencia de haberse enfrentado a conmovedoras escenas de la vida real. En su concepción del mundo, subsiste el problema del alma y la coloca en el centro del ser. La acción fundamental de *Hojoki* se desarrolla siempre en torno al alma como signo para descubrir los misterios de la condición humana. La obra no es una memoria de vida, ni la manifestación de un sentimiento sobre la mutabilidad del mundo, es un proceso, es la búsqueda en sus experiencias del sentido de la vida, que el autor observa en sí mismo y trata de esclarecer, preguntándose “Cómo debo yo vivir”.

Al comprender lo transitorio del mundo, el autor no puede vivir en paz y su carácter no le permite sino buscar un nuevo horizonte para superar aquel estado. Posee una fuerza de voluntad tan poderosa que lo hace perseguir a fondo lo que busca, se atribuye el problema y decide resolverlo con la energía que lleva acumulada dentro de sí. Chomei alcanza, por fin, la tranquilidad y el deleite del alma en una choza del Monte Hino, y se aleja de las personas y los fastidios mundanos.

*Bien entrado en mis sesenta,
cuando el rocío de vida desvanece,
hice una choza pequeña,
una hoja de la cual
las últimas gotas podrían caer.*

*Fui como un errante viajero
que labraba un albergue para dormir la noche,
un viejo gusano de seda
que hilaba su último capullo.*

*A diferencia de la casa de mi mediana edad,
ésta no llegaba a su centésima en tamaño.*

*En verdad,
soy cada vez más viejo,
y mis casas cada vez más pequeñas.*

Chomei relata luego la delicia de la vida en una choza de *hojo*. *Hojo* es una habitación de tres metros de lado, pero su interior parece refinado y elegante. Detrás de un biombo hay una imagen de Amida y sobre el escritorio el Libro Sagrado de *Hoke-kyo*. En un estante de bambú, cestas negras forradas de cuero guardan extractos de poesía y música. Junto al estante, contra la pared, un arpa y un laúd. La cama de helechos para reposar en la noche también parece de buen gusto.

*En primavera, las glicinas
rizando en olas,
florecen en el oeste,
como la sagrada nube purpúrea,
compañera de Amida.*

*En verano, los cucos.
Cada vez que charlan, les suplico
me prometan ser guías
en los caminos montañosos
de la muerte.*

*En otoño,
las voces de las cigarras vespertinas
llenen el oído.*

*Parecen llorar
la cáscara de este mundo.*

*Y en invierno—
¡nieve!
Se acumula como
pecados humanos*

*y se derrite,
en expiación.*

*Cuando no estoy de humor para orar
ni leer el Libro Sagrado
prefiero descansar.*

*Puedo ser holgazán si así deseo—
nadie me lo impide aquí,
ni hay nadie a cuyos ojos
me sentiría avergonzado.*

Otra pasión de Chomei, además de la poesía, era la música. Aprendió a tocar biwa (laúd japonés) con el maestro Nakahara no Ariyasu, quien posteriormente fue designado como director de música en la Corte.

*Al atardecer,
cuando el viento mueve
los árboles katsura
y hace sonar sus hojas,
pienso en el Río Jin-yo
y pulso la biwa, imitando a Gentotoku.*

*Cuando tengo ánimo,
repito varias veces,
el “Canto de las Brisas de Otoño”
al compás del viento en los pinos
o el “Agua Florida”
al ritmo del riachuelo.*

*Aunque soy poco hábil,
no toco para complacer
el oído de otros.*

*Toco sólo para mí
y canto
para alimentar mis emociones.*

El autor sigue contando sobre el deleite de su vida solitaria en el monte.

*En las noches serenas,
mirando la luna
por la ventana
evoco a los viejos amigos.*

*Escucho
plañidos lejanos de los monos
y las lágrimas humedecen mis mangas.*

*Las luciérnagas entre las hierbas
semejan fogatas
de los remotos pescadores de Makinoshima.*

*La lluvia matutina
se siente como una tormenta
que golpea las hojas.*

*Cuando oigo
melodiosos cantos de faisanes,
los confundo con las voces
de mi padre y de mi madre.*

*Cuando los ciervos bajan de las cumbres
y mansos se acercan a mí,
pienso cuán lejos estoy
del mundo.*

En la literatura clásica japonesa, los autores aludían, no pocas veces, a poesías antiguas, dando por descontado su conocimiento por parte de los lectores, quienes podrían comprender y saborear mejor sus obras. Es decir, se valoraba, más que la originalidad o la individualidad, compartir la tradición cultural y las obras clásicas, y se comunicaban con su público en el supuesto de tal conocimiento. Por ejemplo, Chomei dice:

*Al despertar en noches de invierno,
atizo los rescoldos de las cenizas,
y los convierto en mis amigos.*

Uno no entendería por qué el autor se expresaba en tal forma, si no conociera el famoso poema de Minamoto no Kunizane: “Atizaré los rescoldos de las cenizas / aunque no hablan, / como no tengo amigo / al despertar en noche de invierno”.

Chomei continúa:

*Las montañas no me atemorizan,
no son tan profundas,
y disfruto de los ululatos de las lechuzas.*

Al leer ese párrafo recordamos el poema de Saigyó: “Tan profunda es la montaña / que no se oyen los cantos de los pájaros cercanos. / Oigo pavorosos ululatos de las lechuzas”.

En el siguiente capítulo, el autor desenvuelve su filosofía sobre la morada y demuestra la paradoja de las relaciones entre la vivienda y la tranquilidad del alma:

*¿Cuántas casas, además, se habrán quemado
por los frecuentes incendios?*

*Mas mi pequeña choza
es tranquila y plácida
y no causa desasosiego.*

*Aunque es angosta,
tiene espacio para dormir de noche
y sentarme de día.*

*No falta nada
para alojar un hombre.*

*El cangrejo ermitaño prefiere una concha pequeña
a sabiendas de sus necesidades.*

*Las águilas pescadoras viven en la costa rocosa
por temor al mundo de los hombres.*

*Soy igual que ellos.
Conozco mis necesidades
y conozco el mundo.*

*No codicio nada,
ni tengo ansias de ganar nada.*

*Sólo deseo la quietud
y mi felicidad es
estar libre de preocupaciones.*

Chomei, que pertenecía a una clase alta, habría vivido en una mansión, rodeado de una numerosa servidumbre, pero se vio obligado a abandonar la casa de su abuela a los treinta años de edad. Desde entonces vivió solo en una choza y comenzó a hacer todo por sí mismo. Una resolución y un cambio drástico.

*Cuando hay algo que debo hacer,
empleo mi cuerpo.*

.....

*Las manos son mis sirvientes
y las piernas mi coche.
Estoy satisfecho con uno y con el otro.*

.....

*Caminar siempre,
trabajar siempre,
mantiene sano el cuerpo.
¿Por qué descansar sin necesidad?*

.....

*Desde que me aparté del mundo,
no siento rencor ni temores.*

*Me he abandonado a la suerte.
No cuido mi vida ni temo la muerte.*

*Mi vida es una nube errante.
No deseo la fortuna del mundo
ni me quejo de la mala ventura.*

*El mayor gozo de la vida está
en la almohada de dormir,
y el anhelo de vivir permanece
en los hermosos paisajes que he visto.*

En el penúltimo capítulo, el autor resume su pensamiento:

*La realidad de este mundo
viene de la mente.*

*Si la mente no se halla en paz,
¿para qué sirven las riquezas?
El palacio más grande
nunca será placentero.*

*Amo mi morada solitaria,
esta choza
de una sola habitación.*

Después de confesar la satisfacción íntima de su vida, al final Chomei se critica, de repente, desde el punto de vista de un ermitaño, como si él hubiera procurado practicar el ascetismo para seguir las enseñanzas de Buda.

*La luna de mi vida se está poniendo.
Está por hundirse ya
detrás de los montes.*

*En cualquier momento
puedo descender a la oscuridad
del río de abajo.*

*¿Con qué objeto me desato
en esta discusión?*

*Buda enseñó:
no debemos apegarnos a nada.*

*Entonces mi amor a esta choza
es un apego.*

*Complacerme
en la quietud y la serenidad
debe ser también un apego.*

*¿Por qué, entonces, distraer el tiempo,
hablando de placeres inútiles?*

*El amanecer es apacible.
He meditado mucho
sobre la sagrada enseñanza
y me he preguntado:*

*¿No has dejado el mundo
para vivir en el bosque,
calmar tu mente
y andar el camino de Buda?*

*Sin embargo,
aparentas ser un monje,
y tu corazón está manchado de pecados.*

Son párrafos misteriosos, pues Chomei no se retiró del mundo por razones religiosas, sino para huir de la realidad, y se refugió en la vida solitaria de la montaña. Entonces, ¿por qué esas interrogantes? Parece que él, anticipándose a la posible crítica de la gente, formuló tales preguntas ficticias y en forma desafiante les contestó con el silencio como si las ignorara.

*A estas preguntas
no ha contestado
mi corazón.*

*Por lo tanto
hago uso de mi pobre lengua
para decir un par de oraciones
a Amida y luego
silencio.*

Lo atractivo de *Hojoki* para mí consiste en su defensa cabal de la opción de vivir a medias tintas, es decir, vacilar entre lo mundano y lo sagrado, retirarse del mundo, sin seguir íntegramente el camino de Buda, sin abandonar ni música ni literatura.

*La realidad de este mundo
viene de la mente.*

Chomei renunció de forma resuelta a lo que no estaba a su libre disposición, quedó satisfecho en la vida diaria con lo que tenía en su poder y trató de dar rienda suelta a la libertad de su alma. Fue un hombre que se dedicó íntegramente a su afición y a su gusto.